

TODO REVOLUCIONARIO ACABA EN EDUCADOR⁷⁰

Las responsabilidades que asumo como Director de la Escuela Nacional Preparatoria, ponen término a mi carrera de político militante, o por lo menos me coloca en lo absoluto fuera de la política electoral, mientras permanezca al frente de dicho instituto.

Felizmente para mí, ello no viene sino a confirmar los propósitos que desde hace algún tiempo abrigaba, de preferir una fecunda labor de futuro a un para mí ya casi imposible labor de presente.

Mis pensamientos y mis actos se han ido encaminando poco a poco, pero cada vez con mayor firmeza, en ese sentido. En mi ánimo se ha hecho, de día en día, más fuerte la persuasión de que todo verdadero revolucionario, todo político de buena fe, tiene que acabar en educador.

En efecto, con el transcurso de los años y la sucesión de los acontecimientos consiguen demostrarnos que toda gran empresa sobrepasa mucho las posibilidades de una generación; cuando se va abriendo paso la convicción de que es humanamente imposible dar cima a la representación económica, política y espiritual de un pueblo en el corto espacio de treinta o cuarenta años; llega a fijarse en la mente como verdad incontrovertible, la de que será preciso dejar en manos de los jóvenes de hoy y vigorosos hombres del mañana, la tarea de corregir, de completar y de perfeccionar la obra de la vieja generación a que pertenece ha podido apenas iniciar.

Eso es biológico y humano.

Las generaciones se cansan, las generaciones se agotan. Su potencialidad de creación o de transformación tiene un límite. Llega un momento en que una generación carece de flexibilidad o de agilidad mental bastante para percibir o solucionar las nuevas situaciones, totalmente distintas a las que durante varios lustros estuvieron solicitando su impulso y su acción.

⁷⁰ *El Universal*, 19 de julio de 1944.

La generación de la guerra no puede hacer lo que está reservado a la generación de la paz. Hay un hombre para todo (un hombre eficiente para cada situación), pero no hay hombres para todo —dicen los franceses.

Un hombre que es hábil habilísimo para destruir, generalmente carece de facultades o aptitudes para reedificar.

Y hay algo más: el poder casi siempre corrompe; no puede sorprender, por lo mismo, que el grupo o partido que por larga serie de años usufructúa elevadas y jugosas posiciones, acabe por gastarse moralmente. ¿Hasta dónde llegó la Revolución Francesa la degradación de los septembristas, de los terroristas, y más adelante, de los hombres de Termidor? ¿A qué extremos de baja llegó entre nosotros el santanismo? ¿A qué grado de ceguera de codicia, de avorazamiento y de ridículo engrimiento se vieron arrastrados los “científicos” por la posesión y el disfrute inmoderado del poder, al amparo de una dictadura de más de un tercio de siglo?

Y en la época presente ¡cuántos idealistas, cuántos fervorosos y sinceros revolucionarios de ayer han acabado por sucumbir a la tentación del lucro y del fácil enriquecimiento! Más todavía: ¡hasta qué punto ese abandono de la pureza del ideal, ese tributo a la corrupción del ambiente ha perjudicado y estorbado para la plena y genuina realización del hermoso y puro programa primitivo...!

Sea cual fuere, por lo tanto, el punto de vista que se adopte, inevitablemente se llega a esta perentoria conclusión: es imprescindible preparar debidamente a los hombres del mañana, a fin de que ellos no incurran en los errores y en las faltas en que nosotros hemos caído.

Esto es: el aspirante a reformador que en sus años mozos veía de fácil y rápida realización la obra emprendida, se percata a la postre de que en final de cuentas es muy poco lo que se ha podido hacer, y de que lo más difícil —la depuración de ambiente— está por realizar. Se piensa entonces en los factores morales olvidados, en la enorme dosis de espiritualidad y de altruismo que la obra de regeneración requiere, y se acaba por reconocer que todo se perderá, si no se pone en buenas manos lo que se deja a medio hacer.

Así es como el revolucionario se ve obligado a convertirse en educador.

Si ama su obra, tiene que desear que se perfeccione y se complete. Si es hombre de ideales, no ha de querer que éstos resulten fallidos. Lo que ha hecho su generación, tendrá que hacerlo la que a ésta inmediatamente suceda. Habrá, pues, que orientarla y encausarla. Habrá que poner al servicio de los hombres nuevos la experiencia tan costosamente adquirida.

Esa experiencia es un tesoro, porque viene del sufrimiento y del dolor. No Habrá que escatimarla a las nuevas generaciones, ya que éstas serán las que rijan el porvenir.

Y cuando ese porvenir se presenta tenebroso como nunca, la obligación es mayor, el deber de orientar se agiganta; sería el mayor crimen abstenerse de cumplirlo.

Tengo que agradecer, por lo tanto, a lo que muchos llaman destino y que yo prefiero llamar como mis padres me enseñaron el que me haya deparado la ocasión de rematar lo menos indignamente posible mi modesta labor de revolucionario o de aspirante a reformador.

A la disposición de la juventud pondré lo que la experiencia me ha enseñado, y a la orientación y al encauzamiento de los hombres del mañana contribuiré con mis postreras energías, vivificadas por el entusiasmo y por la fe.

Ello no quiere decir, por supuesto, que abdique del derecho que como ciudadano y como hombre libre tengo, de seguir opinando acerca de la marcha de los asuntos públicos de mi país, y de externar esas opiniones a través de la prensa, o sea fuera del recinto y de la jurisdicción de la Universidad.

Lo que para mi definitivamente ha concluido, es la participación en la política militante y, por lo mismo, en las contiendas electorales.

Toda mi labor la encaminaré hacia el futuro, hacia un futuro que ya no veré.

Que esta sea mi respuesta para todas las posibles o buscadas suspicacias.